



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVIII

DECADA DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13901

CONDICIONES DE SUSCRIPCIÓN
En la Península: Un mes, 100 ptas.—Tres meses, 250 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 400.—La suscripción se contará desde el 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24
SABADO 28 DE MARZO DE 1908

CONDICIONES
El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París: Mr. A. Lottin, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 51, Faubourg-Montmartre.

LA JURA DE LA BANDERA

A los Reclutas

¡Reclutas, que juraréis mañana, defender hasta morir la gloriosa enseña de la Patria, mirad en los girones que la desgarran un pedazo de su gloria imperecedera, y en los sangrientos pliegues que la tiñen de rojo, la sangre de vuestros hermanos que sucumbieron defendiéndola!

¡Acordaos que el más grande de los amores en este mundo es el amor a la Patria, y el primero que una madre debe enseñar a sus hijos!

¡Pues bien! la representación de la Patria es esa bandera que juráis defender, y que os cobija bajo su amparo; amada como amaréis a vuestras madres, y el día de la prueba, marchad al combate, serena la frente, altivo el semblante, y esforzado el corazón, inspirándoos en la gloria siempre alcanzada por esa preciosa enseña, que sostiene el honor de la patria, y que personifica la lealtad acrisolada, el cumplimiento del deber y el amor de nuestros institutos armados; y al caer envueltos en sus desgarrados pliegues, besadla como ahora lo haceis, y antes de lanzar el último suspiro, gritad: ¡Viva España! ¡Viva el Ejército! ¡Viva el Rey!

J. Stewart Jackson.

Subinspector Médico de la Armada.

¡SÍ, JURO!

A los nuevos soldados en el solemne día de la jura de la bandera

Vais a experimentar una de las más grandes emociones de nuestra vida al obligaros para con la patria querida en solemne juramento que ante Dios y ante los hombres prestaréis. Desde este instante, vuestra personalidad no os pertenece; vuestra vida la ofrecéis en holocausto de la patria que dispondrá de ella como antañunismo que dispone del universo; del sacrificio de sus hijos queridos. Dichosos vosotros, soldados de la patria!

El acto que vais a celebrar, parece que reaviva en todos, sus entusiasmos patrióticos; parece que reaviva en todos los corazones españoles los sentimientos del más puro, del más grande, del más desinteresado de los amores; el amor a la patria intangible, una y grande con todas las grandezas del acto hermoso que efectuaréis.

Cuando a los majestuosos compañeros de la marcha real que entonan todas las músicas veáis avanzar la enseña sacrosanta de brillantes colores de oro y sangre, veréis fijas en ella toda la mirada que ansiosamente la siguen en su triunfal marcha; veréis que todas las cabezas se descubren; que todos los cuerpos se inclinan subyugados por una fuerza irresistible a la que nadie puede sustraerse; extraño escalofrío estremece todos los cuerpos y se sienten grandes deseos de vitorear a esa bandera, representación augusta de nuestras pasadas grandezas, de nuestro presente heroísmo y paciencia; de nuestro desconocido porvenir, sin que la emoción deje articular una sílaba; que estos grandes entusiasmos, estas intensas emociones, no puedan traducirse en palabras; quedan en lo profundo de nuestra alma.

Y cuando respondiendo a la llamada del juramento vuestro orgánico ¡sí, juro! se extienda en el aire resonando claro y vibrante a todos los oídos ¡sí, juro! os responderán en lo fondo de sus almas las mujeres ¡sí, juro! repetirán los niños. ¡Sí, juro!

Eugenio Pastor.

Capitán de Infantería.

PARA "EL ECO DE CARTAGENA"

LA BANDERA

La bandera está tejida con mil hilos delicados, de las almas y las frentes por la Patria entresacados; es un palió enriquecido por la gloria y el honor: es un tufo de hebras tejidas con divinos acatamientos; es un lienzo recamado de sublimes pensamientos, es un paño todo espíritu y es un velo todo amor.

En un hilo está la pena y está en otro la alegría; en un hilo está la ciencia y está en otro la poesía; vibra en este el entusiasmo y en aquel llora la cruz; uno abriga el heroísmo; otro encierra la venganza; otro esconde lo inefable; otro oculta la esperanza; ¡y son todos el cordaje de un gran órgano de luz!

Como ruecas misteriosas, los ardientes coracónes hilan, hilan la bandera con activas pulsaciones, y al impulso de la Patria nunca cesan de girar: en su curso rotativo, cada ovillo rueda y rueda, y cual tejen los gusanos el capullo de la seda, vá tramándose la randa con las hebras del telar.

Toman parte cien mil husos en la malha del bordado, y cien mil devanaderas en el rítmico trenzado que un sutil hilo recibe desde cada corazón; las corrientes de hebras raudas y en labrando el velo rico, y cual prende un haz de rayos en su extremo un abanico, en un haz tiene prendida la bandera a la nación.

Son también hebras distintas de la flautilla bizarra, polifónicos bordones de melódica guitarra, dulces sartes de cantares que silbozan su sentir; áureas sedas de mantillas y abanicos sevillanos, tallos secos y crujientes de trigales castellanos y mil cuerdas de bandurrias no cansadas de reir.

Se entretajan al orgullo volador de las banderas, bucles de ébano y de oro de españoles en bellotas, largas fibras de palmares que dan Kluge y Murera al par; tristes notas del zórtico y gaiteros orfeones, y los ecos de entusiasmo que Aragón en sus encanecidas echa al son de sus rondallas a la Virgen del Pilar.

A ese velo de la Patria intercalan como flores sus espíritus las vírgenes, los mancoebos sus ardoras; la niñez sus santos coros, su alegría y su candor, los soldados, sus hazañas, sus laureles y sus rocas, y la anciana que recita tradiciones mi agradas, sus arrugas consagradas y sus lágrimas de amor.

La bandera es Evangelio por la raza consagrado, es el lienzo de sus glorias en el viento desplegado, el relato de sus triunfos, su grandioso porvenir; la bandera es nuestra vida, nuestra raza prodigiosa, nuestro amigo, nuestro hermano, nuestra madre, nuestra esposa, y el sudario donde envueltos hemos siempre de darmin.

La bandera es nuestra frente, nuestro pecho, nuestra mano; todo sabio, todo artista, todo niño, todo anciano, a dos madres bendecimos, y ella ondula entre las dos: quien la ultraja, a sí se ultraja; quien la eleva a sí se eleva; quien su honor al sol levanta su virtud en alto lleva; quien la manche, a sí se mancha; ¡quién la besa, besa a Dios!

En un hilo está la pena y está en otro la alegría; en un hilo está la ciencia y está en otro la poesía; vibra en este el entusiasmo y en aquel llora la cruz; uno abriga el heroísmo; otro encierra la venganza; otro esconde lo inefable; otro oculta la esperanza, ¡y son todos el cordaje de un gran órgano de luz!

SALVADOR RUEDA.

A mis compañeros de armas en el día de la jura de la Enseña de la Patria, por los reclutas del año 1908.

¡Cantad a la Bandera!

Yo he visto la Bandera: la enseña roja y gualda que sirve de dase a la corona de mi Madre, amorosa, de mi Patria. La he visto hace un instante cubriendo a los soldados que la guardan y he sentido subir hasta mis labios, ese grito de amor que obliga el alma, del que corre abrazado a su destino por el vergel inmenso de la España.

Bendita ana y mil veces sea del Señor, la enseña sacrosanta: La que llevó la Cruz a las mezquitas de Toledo, de Córdoba y Granada, y aún sirve de horizonte a nuestros

ojos en las vastas regiones africanas. La que a despecho de extranjeros flota en las marallas de la Mola y Palma. La que ostentó Taranto y Garella, ricas ciudades de la vieja Italia. La que venció en Busaco, en Arapiles, en Almansa, en Albuera y en las Na-

var. El móvil que hizo invicta a Zaragoza. La que dió a Tarragona, jaña jaña, ¡el hiel que conservó los aspalentos de Gany, de Sagunto y de Numancia!

Yo he visto la Bandera que el recluta español besa con ansia lo mismo que besara a la otra madre que junto al fuego del hogar le aguarde y he sentido subir hasta mis labios ese grito de amor que obliga el alma, del que corre abrazado a su destino por el vergel inmenso de la España.

Cantad también conmigo amados compañeros en las armas ¡Cantad a la bandera que tremola la Virgen más hermosa, nuestra Pa-

J. Campillo Lozano.
Comandante de Infantería.

¡VIVA ESPAÑA!

(Recuerdo de la repatriación)

A los primeros socios de la Cruz Roja, que pasamos a bordo del trasatlántico, apenas hubo fundado éste, nos causó inmensa compasión aquel pobre soldado cuyo semblante terriblemente contraído expresaba lo horrible de sus sufrimientos.

Había sido uno de tantos; un héroe más, cuyas proezas permanecerán gloriosas para siempre; cuando el general que mandaba la columna que fué en auxilio de aquel puñado de valientes, le preguntó qué gracia te acaba, se limitó a contestarle: — «Nada, curarme pronto para volver a la pelea, mi general».

¡Hermosas palabras que demostraban lo profundo de su amor hacia esta Patria tan desaventurada!

Pero no pudo cumplir su deseo; se ajustó la paz con nuestro enemigo y hacinados en incómodas literas que despedían pesilentes emanaciones, fueron enviados nuestros bravos soldados a la península.

Y afortunado del que llegaba, que no iba a sepultarse en el fondo del mar envuelto su valeroso cuerpo entre los sagrados pliegues de nuestra idolatrada enseña.

Jamás espero contemplar otro espectáculo más doloroso y a la vez más repugnante, que el que ofrecían aquellos sollados inmundos, atestados de enfermos y heridos, que se refocilan en medio de intensos dolores, sin un amigo, sin un hermano que les ofreciese consuelo, habiéndoles de esta España tan querida; doblemente querida cuanto más desgarrada, y en la cual allí en apartados aldea les esperaban los amantes brazos de sus ancianos padres, que acaso los creyean muertos en aquella tierra tan inhospitalaria é ingrata.

Con infinitas precauciones intentamos colocarlo en una camilla para trasladarlo al Sanatorio, pero desistimos de semejante idea, pues su gravísimo estado nos hacía esperar de un momento a otro, un funesto desenlace. Inmóviles junto a él, lo mirábamos con angustia. Abrió el enfermo los ojos, y con voz que hacia difícil la fatiga, nos dijo:

— «Ya estoy en España, cerca de mi tierra y de mi madre a quien no veré más; voy a pedirles un favor. Ustedes que son tan buenos, que tienen ese brazo que es nuestro amparo en el campo de batalla, entreguen e éste es capulario a mi madre, es todo lo que pongo, y díganle que muero pensando en ella y sintiendo no poderla abrazar por última vez».

Calló un momento, todos nosotros emocionados lo contemplábamos en silencio. Su corazón latía cada vez con menos violencia, sus apagados ojos intentaban inútilmente abrirse, sus manos ya rígidas pendían a lo largo de cuerpo...

De pronto, en el muelle se dejaron oír los acordes de la Marcha Real, honores tributados a la bandera del batallón, que era conducida a tierra por un joven oficial.

El enfermo hizo un esfuerzo supremo, logró incorporarse y exclamó con entusiasmo: ¡Viva España!

Y cayó, cayó para no levantarse más, en el fondo de su litera.

José Moncada Moreno.

PARA EL ECO DE CARTAGENA

Himno a la Bandera

Salve, salve Bandera de gloria, Regio moesta, teja en el sol; Iris bello de paz y victoria, Que hermosea el suelo español

Fuiste solememente en las Navas Fuiste sol que en Otrava brilló Y la luz que en el mar irradiabas En Lepanto la Lami cejudo

A tu sombra bendita murieron Los centos de patria y libertad, Y tu mar de sangre hicieron Al vender sus heridas con él.

Cuando, izada, tus pliegues al viento Con orgullo extendidos vas, En las últimas intinadas aliento Y el emblema de gloria tes das.

Mil alados cantares ensazan Delirarte con arpas de amor; Y sus ecos tan dulces desmayan, Porque tu solo enseñas a valor.

Gualda y roja, tus bandes colores Los matices que roban al sol, Y en tus pliegues con arte azucenas La divisa del héroe español.

A. J. P.